

Estaba encantado con los prismáticos que le habían regalado sus abuelos. Viviendo en una ciudad tan bonita e histórica como Osuna, el instrumento le permitía ver detalles curiosos de sus monumentos, que de otra manera era casi imposible.

Una de las cosas que más le gustaba era subir a la Colegiata, y desde allí observar el trasiego de los coches por la carretera, los labradores haciendo su labor, y a los pastores con sus animales por la campiña.

Un día montado en su bicicleta y con sus prismáticos se alejó de Osuna, en dirección a Écija. Cuando se encontró cerca de la Laguna de Calderón, vio en la lejanía una bandada de grandes pájaros. Entonces paró y se puso a mirar con sus anteojos a las aves, que parecían pequeñas avestruces. De repente, notó entre ellas algo extraño que se movía, sin distinguir cuál era su naturaleza. Tenía una apariencia redonda y abultada; y curiosamente, los pájaros que parecían pequeñas avestruces no se asustaban con su presencia, sino que algunos se le acercaban.

"¿Qué clase de pájaros son éstos?" - se preguntó

- . "Y esa cosa abultada que los atrae... ¿qué es?" Porque, a pesar de la potencia de los prismáticos, no era capaz de definir lo que estaba viendo. Para su asombro, se dio cuenta de que había más de una de estas cosas raras.

Otilio, que así se llamaba el chico, no pudo resistirse a la curiosidad, y se acercó un poco más, para descubrir qué era aquello, pero no quería que las aves se espantaran. Además tenía cierta desconfianza miedosa con esa cosa extraña que se movía. Con la precaución de un detective se apoyó sobre uno de los pocos árboles que poblaban el lugar (un robusto álamo negro) y se dispuso a hacer una observación casi científica de las desconocidas aves, y de los extraños engendros que las acompañaban a los que ahora no veía. Parecía que se habían esfumado por arte de magia.

Por fin, entre los herbazales del trigo aún poco crecido, jaramagos y amapolas, pudo ver a uno, a no mucha distancia. Pero seguía sin poder definir aquello. No cabía duda que era un ser vivo; pero parecía un pomposo abanico que caminaba..., o un globo de plumas.

"No, ya está. A lo que realmente se parece es a una bola gigante de helado de Crema Tostada", se dijo Oti muy convencido.

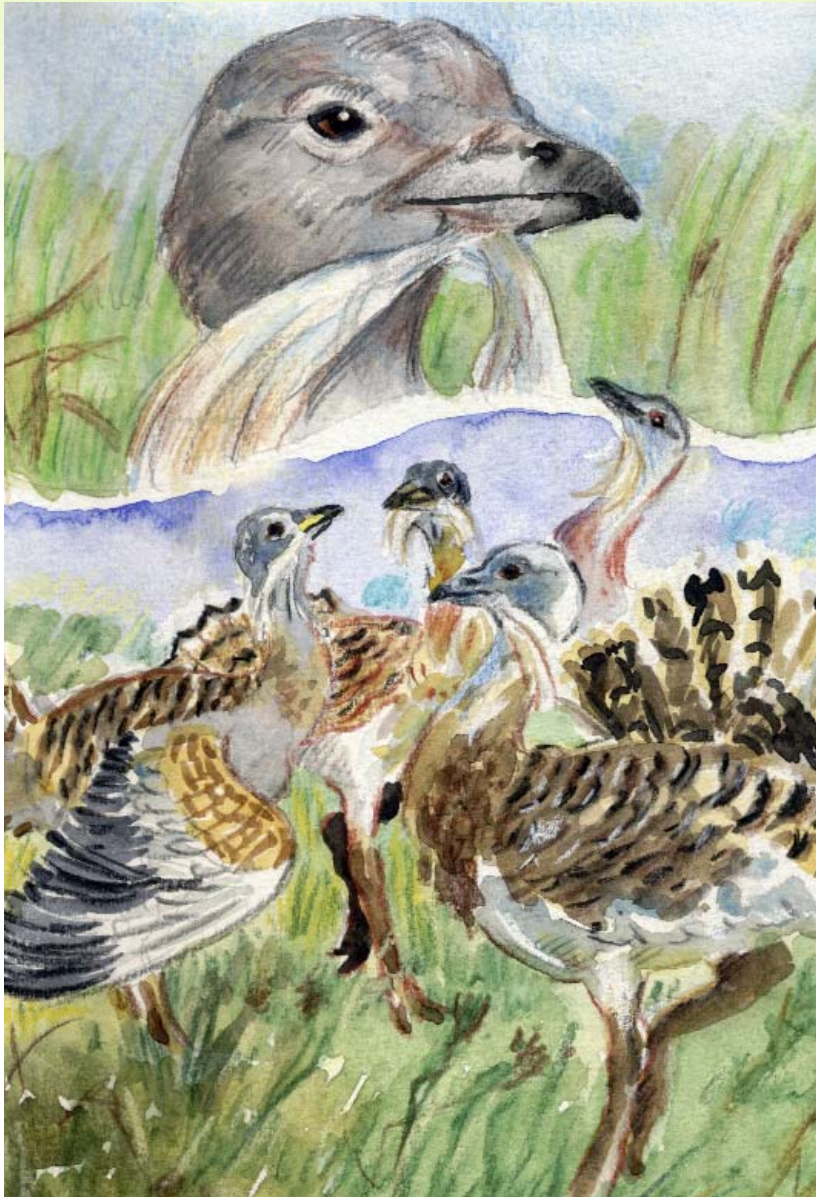
"Pero... ¿qué hace ahora?", se preguntó. La "cosa" hacía unos movimientos extravagantes y espectaculares en el centro de la bandada.

Era divertido verlo-. "¡Ahora sí que te veo bien!"

Vista de frente, la animada criatura presentaba un mascarón gris azulado echado hacia atrás, y un buche hinchado que parecía que iba a reventarse de un momento a otro. Sus sorprendentes y tiesos bigotes le recordaban a los del famoso pintor catalán, Salvador Dalí.

"¡Es un pavo!..." "¿Un pavo?"- Hasta cuatro veces se interrogó queriendo definir al animal que estaba viendo. Ajeno a todas las interrogantes que Oti se hacía, el "Crema Tostada" ya le había echado el ojo a una "Crocanti"

Se conocían de los tiempos en que eran unos adolescentes y en bandadas trajinaban sobre los pastizales cercanos a la Laguna de Calderón.



Crema Tostada estaba en la bandada con otros machos de su misma especie, tan ostentosos y presumidos como él, para seducir a las hembras; pero la verdad era que sólo estaba interesado por Crocanti, su hembra, a la que estaba convencido que iba a seducir.

"Esta me la llevo yo, por mis bigotes"-se decía altanero. Y era verdad, que no le faltaban razones para estar orgulloso de sí mismo.

Hacía la "rueda" como ningún otro macho para cortejar a su pretendida. Era un gran artista del contoneo que dominaba todos los estilos de bailes. Cualquiera que hubiese tenido como Oti la suerte de verlo, lo habría comprobado. Crema Tostada no se equivocó. Crocanti se rindió ante su fascinante danza y extraordinarios bigotes. Así que buscaron un lugar íntimo para realizar sus apareamientos, y eligieron un sitio hermoso florecido de trigales, amapolas y jaramagos. Un lugar que Oti bautizó en aquel momento con el nombre de "El Jardín de los Jaramagos". Enamorados hasta el último puyón de sus vistosos plumajes, los escarceos amorosos de Crema Tostada y Crocanti se producían a menudo.



Oti convirtió en rutina ir a la zona donde estaban las avutardas para observarlas con sus prismáticos; especialmente observaba a Crema Tostada y Crocanti.

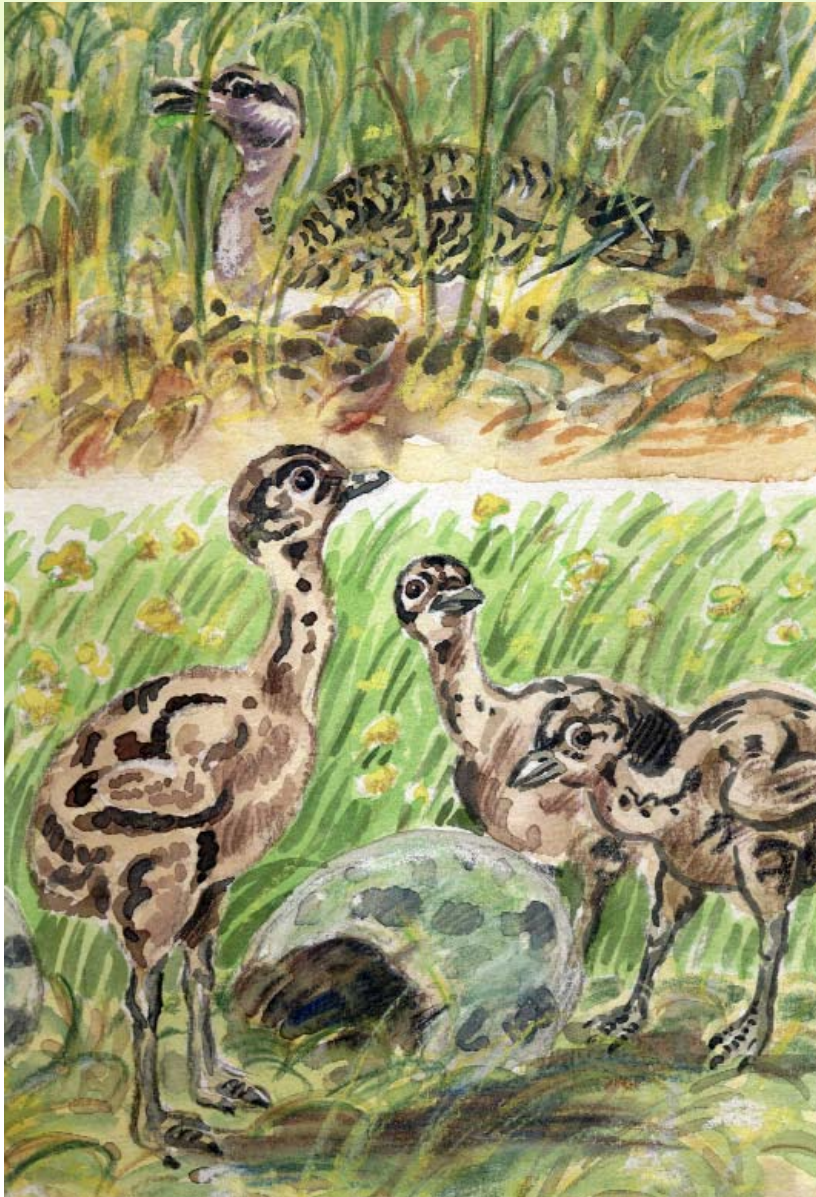
Estaba encantadísimo de haber conocido a estas magníficas aves, aunque todavía no supiera a qué especie de pájaro pertenecían. Su nueva afición le dio una alegría que no esperaba. Un soleado día de abril, la bella Crocanti puso tres hermosos huevos de color verde pistacho salpicados de motitas negras que parecían trufas.

Durante la incubación, Crocanti sólo se movía del cubil(un hoyo cóncavo no muy profundo) para alimentarse un rato por la mañana y otro por la tarde; pues era la única que se preocupaba de la labor de incubar.

Mientras, Crema Tostada se reunía como de costumbre con otros machos, para presumir de que sus barbones eran los más largos y espectaculares de todos. Aquel sitio parecía una pasarela de incorregibles presumidos.

Pero no podía ser de otra manera, ya que cada macho tenía que demostrar a los demás que quién mandaba en el territorio era él, y hacer ostentación de bigotudo era la forma.

Un día, el ruido de una máquina haciendo labores agrícolas distrajo la tarea observadora de Oti; éste no prestó demasiado interés a aquella circunstancia, y siguió con su actividad de mirón casi científico. Su persistencia hizo que fuera testigo de un hecho hermoso: a los veintiséis días de tenaz incubación vio nacer los pollitos de Crocanti. Estaba tan encantado, que parecía el padre de las criaturas.



El encuentro con la máquina se volvió a repetir, dándole esta vez una sorpresa desagradable. El artilugio se estaba aproximando cada vez más al lugar en el que se encontraban el gran grupo de las avutardas. Un hermoso macho solitario, que estaba más cerca de la máquina cosechadora, se asustó, emprendiendo una larga carrera para eludir el potencial peligro. En su precipitada huida para coger el vuelo, el pobre animal, carente por su peso y envergadura de la suficiente habilidad y capacidad de maniobra, (la avutarda es el ave más pesada que puede volar) no pudo sortear unos cables de alta tensión y colisionó con estos, cayendo fulminado. Oti observó angustiado el brutal accidente, pensando que había sido Crema Tostada el que se había estrellado con los cables. Cuando comprobó que el hecho le había sucedido a otro macho se sintió más aliviado, pero tuvo un gran disgusto por el animal abatido.

La máquina cosechadora que parecía un monstruo aniquilador, seguía acercándose hacia donde se encontraban las avutardas y provocó una gran estampida. El chaval, tan familiarizado ya con ellas, se enrabetó con la máquina y con quien la conducía.



12 Sin embargo, aun iba a tener una sorpresa peor. Pues la máquina seguía dando bocados insaciables con sus dientes acuchillados, en dirección al "Jardín de los Jaramagos"; lugar en el que se encontraba los pollitos de mamá Crocanti. Oti ya había visto a los polluelos deambular por allí, un tanto desorientados por el ruido.

Entonces, un pensamiento trágico pasó por su cabeza: la máquina monstruosa iba a llegar hasta ellos y los iba a convertir en papilla. Había que hacer algo, y ya.

Enseguida corrió hacia la cosechadora para advertir al agricultor lo que podía pasar si la máquina continuaba avanzando. Ya cerca de ella reconoció a la persona que la conducía; un pariente suyo, primo segundo de su padre. Había escuchado en cierta ocasión que su padre tenía unas tierras en común con esta persona.

-¡Mané, Mané; no siga usted! ¡Párese un momento!- le dijo Oti corriendo y a gritos. El hombre no salía de su asombro, pues creía que no había un alma en varios kilómetros a la redonda. Sin enterarse de lo que le decía el muchacho, lo saludó reconociéndolo.

-¡Hola, Oti! ¿Qué haces por aquí? ¿Has venido con tu padre?

-No Mané; no he venido con mi padre...-respondió Oti casi asfixiado-. Lo que quiero es que pare usted la máquina.., porque por aquí cerca hay unos pollitos de esos pájaros grandes que han salido volando-le pidió con cara de preocupación.

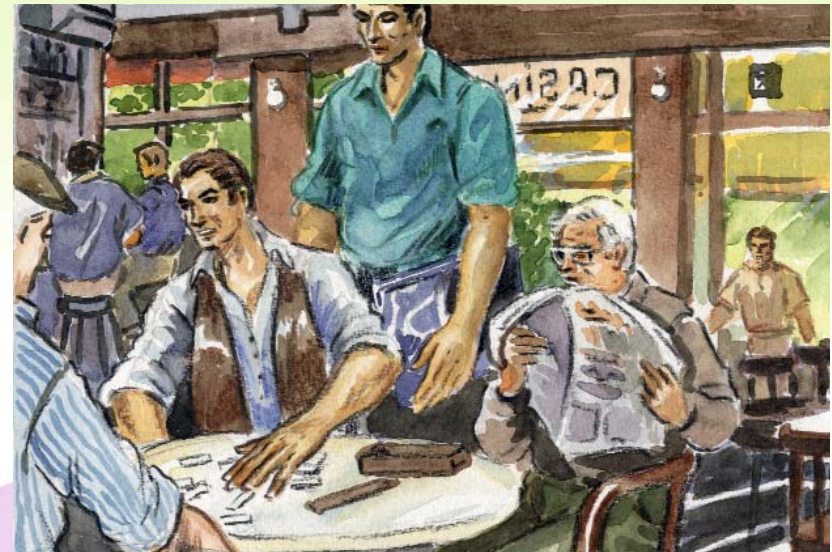
Tan sorprendente propuesta, dejó a Mané perplejo; pero al instante respondió.

-Pero hijo yo no puedo hacer lo que tú me pides. La cosecha tiene que estar recogida en esta semana, si no vamos a perder el producto ¿Sabe tu padre que tú andas por aquí? Oti no respondió esa pregunta; pero sí contestó airado:

-¡Que no! ¡Que no! ¡Que tiene usted que pararse; que va ha matar a esos pobres pollitos!-decía desconsolado el chico. El llanto tuvo su efecto.

-Bueno, cálmate. Está bien. Esta noche hablaré con tu padre, a ver qué me dice. Ahora no te preocupes, voy a trabajar en otra parte de la finca. Pero que sepas que tengo que recoger el trigo de esa zona. Yo no voy a perder dinero por unos simples pájaros; pues pájaros hay muchos, pero dinero hay poco ¿lo entiendes no?- Oti seguía llorando y no respondió. A Mané la actitud del chaval le dió lástima-. No llores más. Te prometo que hoy no meteré la máquina por ahí.- le dijo para tranquilizarlo.

Antes de tener la conversación con el padre, Mané se pasó por el casino del pueblo en el que se reunía en tertulia con algunos agricultores, y contó lo sucedido en el campo con el hijo de su pariente y socio.



Los comentarios que sobre los hechos hicieron los tertulianos fueron muy variados: que el niño de Enrique estaba muy suelto y la familia materna le daba todos los caprichos; que los maestros tenían que poner más deberes; que lo que tenía que hacer el padre era castigarlo...

Pero en la reunión estaba también un ex diputado provincial que dio una opinión muy diferente.

-Lo mismo, no recoger el trigo en ese cacho de tierra en donde están esos pollos de las avutardas, puede ser más beneficioso para vosotros...

-Mané lo miró extrañado, y lo interrumpió en seco.

-¿Estás de broma, o qué? La cosa está como para perder dinero. Y además hacerlo por unos simples pájaros.

-No es eso, hombre. No me has dejado terminar. Lo que yo quería era informarte de que las avutardas son unas aves que están protegidas por la ley porque quedan muy pocas. Si le exponéis el caso al Ayuntamiento de Osuna, lo mismo salís ganando. Todo es cuestión de llegar a un acuerdo- dijo Gervasio, el ex diputado provincial con la intención de hacer reflexionar a Mané.

-¡Bah! Seguro que no merece la pena lo que te dan. Además, qué me importa a mí si hay pocas avutardas-respondió Mané un tanto alterado.

Más tarde, Mané y el padre de Oti se vieron, y aquél le contó todos los pormenores del encuentro con el niño, y la conversación posterior en el casino con los agricultores, de la que Mané destacó la "rara" propuesta de Gervasio.

-A ese tipo no hay que echarle cuenta-dijo el padre de Oti-.

El agricultor terminó su narración diciendo: "La verdad es que me dio mucha lástima ver a tu niño llorar desconsolado defendiendo a esos pollitos; a los que por cierto yo no vi. Parecía que le iba la vida en ello".

-No te preocupes del niño, que ya hablaré yo con él y no aparecerá más por la finca. Tú siegas ese terreno y olvídate de los pájaros.

Después de que se fuera Mané, el padre llamó a la casa de los abuelos maternos de Oti para reprenderlo. La abuela le dijo que no se encontraba allí; que seguramente estaría en casa de un amiguito. Entonces malhumorado, Enrique le dio a la buena señora un recado para que se lo dijera a su nieto. El recado fue el siguiente: -que Oti no apareciera por la finca en donde estaba trabajando Mané; que si lo hacía le iba a dar un buen castigo-.

Cuando Oti llegó a casa de sus abuelos, la abuela le transmitió con cierta inquietud el recado del

padre. El chico defensor de las avutardas le respondió con un somero "vale".

De inmediato la abuela le preguntó si había pasado algo raro.

-Nada abuela. No pasa nada- le respondió fríamente. Sin embargo, Oti tenía ya una decisión tomada.

Despuntaba el Alba, cuando la máquina se puso en marcha asustando con su infernal ruido a todos los animales que había en los alrededores. Su velocidad era pausada pero constante. Un monstruo sólo obsesionado con alcanzar su presa.

Montado en ella, Mané. Quién, a pesar de ir con fijeza a realizar su trabajo, tenía un montón de dudas y contradicciones. Pero el deber era el deber, y no se podía dejar llevar por sentimentalismos.

Cerca ya de la zona del conflicto le pareció ver, como a unos doscientos metros, una figura humana, que los altos trigales y el vapor del rocío mañanero parecían difuminar.

No obstante a medida que avanzaba, se definió claramente.

Era Oti. Quien aterido de frío, pero con una voluntad de hierro, había pasado toda la noche allí para defender a las avutardas. Mané no acababa de creérselo, pero quiso disimular con los siguientes comentarios.

-¿Qué haces aquí tan temprano? ¿No has hablado con tu padre?

-No. No he hablado con él. He venido a proteger de la máquina a esos pollitos para que no los mates- dijo Oti con una seriedad que asustó a Mané.

-Estás loco chico- dijo Mané queriendo mostrar autoridad-. Anda vete para tu casa, si no quieres que se lo diga a tu padre. Él está muy cabreado contigo.

-Yo no me voy a ir de aquí. Me vas a tener que cosechar a mí también- dijo Oti con determinación.

La ocurrencia de la frase hizo gracia a Mané, pero

se contuvo de reírse delante del niño. Entonces cambió de tono y argumento.

-¿Qué vas a hacer? ¿Me vas a pegar con el palo que tienes en la mano?

-No. Ya le he dicho antes que si mete la máquina por este sitio, me va a tener usted que llevar por delante-. Mané entendió a las claras lo que le decía el chaval, y quiso ponerlo a prueba arrancando el motor de la cosechadora y maniobrando hacia los lados para meterle miedo.

Sin embargo Oti no se inmutó.

Después Mané puso la máquina frente a éste. El aspecto estrambótico y horrible de la máquina hizo que Oti sintiera pavor y escalofrío.

-"¿De verdad que Mané está dispuesto a arrollarme como un criminal?"-se dijo.

"Pues no, no me moveré". "He pensando toda la noche que esto me podría pasar, y me he jurado a mí mismo que resistiría a toda costa para que no conviertan a esos pollitos en salmorejo".



Mané hacía ruido acelerando el motor de la cosechadora para intimidar a Oti. Así estuvo provocando momentos de tensión hasta que le dio por arrancar, dirigiendo al monstruo en línea recta hacia el muchacho. Oti cerró los ojos y no se movió. El mastodonte mecánico se paró a uno dos metros de él.

Cabreado, Mané bajo del artilugio echando maldiciones de todo tipo, y con la aparente intención de ir a pegar a Oti, que amparado detrás de sus brazos e invadido por el pánico, sólo acertaba decir:

-¡No me pegues! ¡No los mates! ¡Déjalos en paz!
¡Ay!

Mané, que en su vida se había encontrado en una situación tan embarazosa, se frenó, sintiendo compasión por el chico.

Se oyó una voz no muy lejos de ellos-¿Qué ocurre, Mané?, ¿Qué le pasa a Oti?-. Era Gervasio, quien cuando iba por la carretera, y pasaba por las inmediaciones de la linde de la finca de Mané y Enrique, se acordó del conflicto con las avutardas y paró su coche para observarlas.

-Os he visto a lo lejos con mis prismáticos y me ha extrañado que Oti estuviera aquí, y he decidido acercarme por si pasaba algo.; y parece que no me he equivocado, ¿verdad?-

-Es que desde ayer, este chico me tiene quemado- dijo Mané exaltado. -Y en el fondo comprendo que le haya cogido tanto cariño a esos pájaros, si lleva tanto tiempo observando; y máxime, si es verdad que ha visto nacer a esos pollitos. Pero el trabajo es el trabajo. Y el dinero es el dinero. Y yo no puedo despilfarrarlo.

-Eso es verdad, Mané. Pero las cosas no son de una sola manera- dijo Gervasio.

-¡Qué quieres decir con eso?- interrogó Mané.

-Lo que quiero decir, es que ayer te di una información para resolver el problema de otra manera.

-¿Te refieres a una posible compensación por parte del ayuntamiento por proteger a estas aves?

-Si. A eso me refiero. Todo es cuestión de llegar a un acuerdo.

-Enrique no quiere saber nada de eso. Además, seguramente no te darán ni para pipas-dijo tajante Mané.

-Tú qué sabes. A lo mejor os conviene.

Mientras hablaban, Oti se mantenía a la expectativa. No sabía muy bien a qué se refería Gervasio, pero comprendía que lo estaba ayudando.

-Vamos a ver, Gervasio-dijo muy serio Mané. ¿Tú eres capaz de explicarle a Enrique lo que me propones y convencerlo?

-Hombre, convencerlo no sé si podré; pero explicárselo lo haré con mucho gusto, respondió Gervasio.

¿Consiguió Gervasio convencer al padre de Oti, y por tanto, que los pollitos de la avutarda Crocanti se salvaran? Ahora mismo te lo cuento.

Gervasio, medió y gestionó para Enrique y Mané un acuerdo entre los agricultores y el Ayuntamiento de Osuna, para que se respetara el terreno donde las avutardas estaban criando.



El acuerdo entre otras cosas decía: Se reconoce y premia, a D. Enrique., y a D. Mané., por su buena práctica agrícola, en pro de la salvación de las avutardas, ave en peligro crítico de extinción en Andalucía...

Con este acuerdo todos quedaron contentos; pero el más feliz fue nuestro amigo Oti, que sin saberlo se había hecho ecologista. Un ecologista ganador cuya "operación triunfo" fue salvar a las avutardas.

Y así fue reconocido en la Villa Ducal de Osuna y su comarca, pues se creó una asociación ecologista que en homenaje a su lucha, adoptó como nombre el del niño. El día de la inauguración de la sede del grupo, lo invitaron para nombrarlo "ecologista de honor". Cuando estaban todos allí reunidos, el joven presidente le dijo que pidiera lo que quisiera, que la asociación quería hacerle un regalo. Oti se sintió abrumado con tantos halagos, y le daba mucho corte referir en público lo que estaba pensando como regalo. El presidente insistió. -Anda, dí lo que quieres; no te cortes. ¿O es que quieres un ferrari?- dijo el presidente bromeando. -No, qué va- dijo Oti. Y le pidió a su interlocutor que se acercara para decírselo al oído. Cuando éste se enteró de lo que quería puso cara de asombro divertido. El público estaba expectante.

-Venga. Diles a los amigos de la asociación lo que quieres, valiente-. Oti lo dudó un momento, pero lo de valiente le picó, y entonces se dirigió a los presentes.

-Sólo quiero que me traigan un helado, pero que sea de Crema Tostada y Crocanti-. La gente se extrañó con tan peculiar petición, pero después lo ovacionaron.